

Un murmullo torrencial de gritos juveniles, forma música de fondo al agudo sostenido del timbre madrugador.

Amontonados a ambos lados de las cristaleras, los muchachos se desbordan en un incomprendido afán por ser los primeros en poblar las tristes galerías, aún somnolientas, que se desperezan y alegran ante tal inundación de mundo juvenil, afán tanto más incomprensible, cuanto que los primeros en querer entrar, suelen ser los primeros en desear salir.

En medio del bullicio general, suele hacerse la calma cuando los alegres y multicolores revuelos de una falda hacen correr vientecillos de amor; o cuanto menos, de placer, entre los grupos de muchachos, que desvían toda su atención hacia su poseedora, que, azarada, inicia una serie desacompañada de movimientos anatómicos, que parecen poner compás de espera a la impaciencia general.

Suena por segunda vez el timbre, y a medida que sus notas se funden en el espacio, se va aclarando el general bullicio, que pasa en este momento al interior de las "amadas" aulas.

Las actitudes de los diversos muchachos que pueblan las clases en esta primera hora del día estudiantil corresponden también, con más o menos intensidad, a los grupos y subgrupos que en otra ocasión mencionamos.

Los indiferentes forman una masa común alrededor de los radiadores de la calefacción en días de riguroso frío y avanzan siempre ávidos de calor. Los empollones se aíslan en los últimos bancos y se pierden entre los cabalísticos signos de los libros, insensibles al frío o al calor, convirtiendo sus sesos en silogismos, algoritmos y metáforas que forman un conglomerado digno de ser en los espacios estelares (valga notar que estos individuos están en la Luna); los enamorados, por último, suelen ponerse a dibujar en la sufrida pizarra, cupidescos corazones, cuando no se ponen a grabar sobre los bancos el nombre de "su morenita", o se sientan frente a los ventanales, esperando ver surgir por ellos, como irreal aparición el rostro que los anime en la terrible lucha que, momentos después, va a comenzar.

Y en efecto, la lucha comienza. Suena el cañonazo de aviso cuando alguien, con la cara descompuesta y con un desaliento mayúsculo, anuncia que el "profe" se acerca por la galería, lo que da el traste con las ilusiones, que siempre el alumno se hace de que haya sufrido un ataque

—Debe de ser para mí —dijo el militar.

Descolgó el teléfono y escuchó:

—¡A la orden, mi teniente! ¡No hay novedad! Las parejas 15 y 16 a la entrada y salida del túnel, la 17 en..., todo cubierto hasta Vadollano. ¿Ordena alguna cosa?

—No, muchas gracias. Están ustedes preparados. Adiós.

En Santa Elena hacia un frío tremendo. Era de madrugada.

Estaba con el teniente en el pequeño cuarto de los teléfonos. Los

bien. En Santa Elena a cada minuto que transcurría hacia más frío.

Las gargantas de ambos agradecían cada trago de coñac.

—A esto no hay derecho— dijo el teniente chasqueando la lengua— Este tío durmiendo tan tranquilo en un coche-cama. Y, nosotros aquí por su culpa pasando este frío...

—Lleva usted razón... ¡Qué se le va a hacer!—y añadió en voz alta— ¡¡Francisco!! ¡Baja otra botella...!

Transcurrió una hora larga.

Francisco, el guarda-agujas, entra sofocado en el cuarto:



Dibujos de

E. GASCON

para el trabajo

"Anécdotas", de

M. Augusto

andenes de la estación estaban desiertos.

—Hay que matar el tiempo, teniente —le dijo mientras arrimaba los pies a la estufa—: ¿otra copita?

—¡Bueno hombre! Escancie usted.

La estufa no funcionaba del todo

cardíaco o un cólico repentino durante la pasada noche; todo, claro está, con la más buena intención del mundo.

Surge la silueta del catedrático por el marco de la puerta (que a todos parece ahora "puerta del infierno"), y cambia por completo el decorado; los indiferentes forman por los pasillos una especie de comitiva fúnebre a medida que se van incorporando a sus puestos; los empollones que, por extraña paradoja, suelen ser siempre los más nerviosos, se desazonan y dan vueltas en su interior al coctel de conocimientos adquiridos, y los enamorados vuelven a la realidad, entre amorosos suspiros, olvidando por un momento a la "niña de sus ojos".

Así pues, comienza el nuevo día estudiantil, y todos forman uno, mientras exclaman resignados: ¡Qué se le va a hacer!

Esta es la triste realidad del estudiante.

—¡Jefe!, ¡teniente! ¡Ya está aquí! ¡Ya viene...!

El teniente, con el tricorno torcido roncaba plácidamente. Él, estaba sentado en la silla del teléfono con las piernas abiertas. En su mano derecha, sobre la mesa, un banderín rojo. En prolongación de su mano izquierda, sobre el suelo, una botella vacía.

Una luz se acercaba. Mucho estrépito. Como una exhalación, el Tren Feal cruzó por Santa Elena.

Sucedió en Balbanera. Allí se conocieron.

El ya tenía en el cuerpo bastante alcohol cuando llegó el otro.

Lobato era un hombre maduro, muy zalamero y amigo de las bromas. Entró, y casualmente, se sentó en la misma mesa que ocupaba él.

Entre copa y copa surgió la amistad.

—...Y...¿Usted qué es? —preguntó él— ¿de la Compañía que está en el San Fernando?

A Lobato le hizo mucha gracia el que le tomasen por un cómico.

—No hombre —respondió riendo— Yo soy el cochero más grande de España!

Y él, que ante nada se quedaba corto, contestó: